

mútuo afecto ni ninguno de los sentimientos delicados del corazón, sino simplemente la conveniencia del hombre y su posibilidad de adquirir la mujer que desea de sus padres, entregando la cantidad estipulada, sin que se consulte la voluntad de la que ha de verse sometida á esta clase de servidumbre.

Así como para el rico no existe otra traba que la que le impone su fortuna; así el hombre de la clase media aspira á acrecer su caudal para aumentar el número de sus mujeres, y el pobre ambiciona el dinero á fin de casarse con otra y repudiar á la que ya tiene y de la que se encuentra hastiado, y de esta suerte fácilmente se concibe la situación especial en que se hallan colocados aquellos desgraciados seres, privados de todo aliciente y de todo estímulo noble y generoso.

No sintiendo estimación alguna hacia la mujer, no puede experimentar el musulmán un verdadero amor, de manera que los sombríos celos de que se halla poseído, nacen de la desconfianza que tiene en un sér en quien se ha atrofiado todo gérmen de virtud y de pudor. De aquí las esquisitas precauciones que se toman para guardar á las mujeres, para separarlas de todo trato con los demás hombres, condenándolas á un perpétuo encierro y castigándolas de un modo despiadado á impulsos de la más ligera sospecha.

Los ricos en el interior de sus casas emplean profusion de joyas, telas esquisitas y toda clase de fastuosidades en el adorno de sus mujeres, así es que en las habitaciones reservadas ó en el harem, lucen aque-

llas desdichadas magníficos trajes de seda y oro, túnicas largas de paño ó de damasco, collares de perlas, ajorcas de filigrana, brazaletes de oro y plata en las muñecas y tobillos y babuchas de taflete ó terciopelo bordadas de oro y aljófár.

Cuando por cualquier circunstancia le es permitido á la mujer salir á la calle, ha de cubrirse completamente con el jaique ó jhaic, dejando tan sólo una pequeña abertura para ver, de suerte que es muy difícil presumir si es jóven ó vieja, fea ó hermosa, pues sólo ofrece la apariencia de una masa informe.

Entre los moros una de las condiciones que realzan más la belleza de la mujer, es la obesidad, á lo que contribuye la vida sedentaria que hacen.

Por lo regular, las moras ostentan una belleza pura y sévera. Sus ojos son grandes, negros y expresivos, que resaltan más sobre un rostro generalmente pálido, á causa de la falta de aire puro y del indispensable ejercicio corporal.

Supuesta ya la situación de la mujer en Marruecos, veamos ahora cómo se verifican los casamientos. Al hablar Mahoma del matrimonio dijo: «Es uno de los actos que yo he practicado, el que no sigue mi ejemplo, no es de los míos;» y en el Koran, se dice: «Casad á los que aún no lo están;» pero con esto, más bien que al establecimiento de una familia regular y ordenada que pudiese servir de base á una civilización progresiva, aspiraba Mahoma á la multiplicación del pueblo árabe, á fin de que pudiese realizar mejor los designios de universal conquista que su reformador concibiera

En el Koran se establecen de esta manera los grados de parentesco, dentro de los cuales está vedado el matrimonio: «Os está prohibido casaros con vuestras madres, hermanas, tías; sobrinas, nodrizas, hermanas de leche, suegras, jóvenes confiadas á vuestra tutela y procedentes de mujeres con las cuales hayais tenido comercio carnal; mas, si no habeis cohabitado con ellas, no hay falta en que las tomeis por esposas. Tampoco debereis casaros con las hijas de los hijos que habeis engendrado.» «Os está prohibido—añade el citado libro en el mismo capítulo—casaros con mujeres casadas, excepto con aquellas que hayan caido en vuestras manos como esclavas; tal es la voluntad de Dios; pero os está permitido, procuraros con dinero mujeres que manter. Ireis en las buenas costumbres... El que no sea bastante rico para casarse con mujeres honradas ó creyentes, tomará esclavas creyentes; pero antes, que obtenga el consentimiento de su dueño y las dote convenientemente... Si despues de su casamiento cometen el adulterio, se les aplicará la mitad de la pena pronunciada contra las mujeres libres. Esta ley se ha establecido en favor del que teme pecar permaneciendo célibe; pero si se abstiene, esto será más meritorio, pues Dios es indulgente y misericordioso.»

Mahoma, en su calidad de profeta, se supuso autorizado por el ángel Gabriel para tener cuantas mujeres quisiera, y valiéndose de este permiso tuvo veintiseis, quince legítimas y once concubinas, y para que no resaltase tanto la injusticia y la contradicción,

se vió obligado á permitir la poligamia, limitada á cierto círculo por lo que respecta á los enlaces legítimos, pero absoluta en lo que se refiere á las esclavas.

Por lo regular, la mayor parte de los musulmanes de Marruecos, se contentan con una mujer, si bien tienen tres ó cuatro esclavas concubinas, ó más si su fortuna se lo permite.

Aunque generalmente los que contraen matrimonio no conocen ni la cara ni las cualidades físicas y morales de su futura, como hasta la edad de doce años se permite á las niñas andar con el rostro descubier- to y el enlace se verifica á los quince ó diez y seis, algunos suelen haberlas conocido en una época en que ya el cambio no es grande. En cuanto á las ceremonias, con escasa diferencia, vienen á ser lo mismo entre todos los habitantes de Marruecos que profesan el islamismo.

El novio ó los padres conciertan con los de la novia, mediante el dote correspondiente que estos reciben, dote que por lo regular consiste en dinero, ganado, etc., el matrimonio, y á ésto se añaden también algunos regalos más ó menos ricos, según la calidad del futuro esposo. Al extenderse el contrato en debida forma, suele estipularse en él, que el marido no tendrá otras mujeres legítimas, y en caso de que falte á esta condicion se considere como nulo el contrato, perdiendo el esposo todo derecho sobre su mujer, así como sobre el precio que entregó por ella. Una vez acordadas las capitulaciones matrimoniales, se fija el plazo para la

ceremonia, el cual no debe exceder nunca de un año, y antes de que éste espire se practica la *hedía* ó regalo, que consiste en enviar á casa de la novia, segun los posibles de cada uno, telas, tapices y otros objetos de menaje de casa, así como tambien provisiones de miel, manteca, trigo y algunos esclavos si el novio es rico. Los siete últimos dias se destinan á grandes fiestas, que se verifican aisladamente, es decir, las amigas de la novia en su casa y los amigos del novio en la de éste, y allí se entregan á los placeres de la mesa y del baile, acompañándose con instrumentos más ruidosos que melodiosos, tales como el *aguals* y el *ibel*, ó como si dijéramos con panderos y tamboriles.

La entrega de la mujer al marido se hace al anochechar del sétimo dia, para cuya ceremonia se reunen en casa de este todos los amigos y convidados, que en procesion se dirijen á la de la novia, y de allí la conducen á la del novio en una especie de litera (*amma-ria*) envuelta y adornada con toda clase de telas finas esmaltadas de brillantes colores, litera que lleva una mula ó caballo ricamente enjaezado. Los convidados jóvenes, que en casa del novio se han provisto de pólvora, abren la marcha lanzando grandes gritos de entusiasmo y disparando sin cesar sus espingardas, y los demás concurrentes, provistos de faroles, cierran el cortejo, que avanza lentamente. Al llegar á la casa del novio, bajan la litera y la acercan á la puerta á tiempo que una esclava recoge sobre sus espaldas á la recién casada y la lleva á la habitacion que le está destinada, mientras que en el interior y el exterior

de la casa llegan el ruido y el entusiasmo al colmo.

La mayor parte de la noche permanece la novia en compañía de su madre, hasta que á la madrugada es entregada al novio y entónces se oye en el interior de la casa un *yu yu* (1) prolongado que lanza una de las esclavas, al cual contestan desde la calle los convidados descargando las espingardas. La litera en que se ha conducido á la novia permanece por espacio de siete dias á la puerta de la casa, hasta que pasado este tiempo se vuelve al depósito, pues pertenece á la comunidad.

Como es natural, entre las personas menos pudientes y en el campo no se verifican las ceremonias con tanta solemnidad; pero en lo posible todos tratan de imitarlas, y en el fondo los contratos se estipulan del mismo modo, se paga la dote, se hacen los regalos y se verifican las fiestas con bailes animados y disparés de armas de fuego. En estas bodas de menos categoría se practica la costumbre llamada *ghrama*, que consiste en que todos los convidados antes de marcharse depositan en un paño blanco extendido en el suelo una cantidad, con la cual se satisfacen los gastos de la boda en todo ó en parte, segun haya sido la importancia de la colecta.

Pero aunque al acto del matrimonio se le reviste de tanta solemnidad, no por eso la situación de la mujer es más soportable, pues cambia la esclavitud en

(1). Grito que lanzan las mujeres para manifestar su alegría y satisfacción.

que ha vivido dentro del hogar paterno por la que le aguarda en casa de su dueño más bien que su marido. Las hijas de familia no reciben educacion alguna, puesto que á la mujer le está prohibida la instruccion, consecuencia fatal del estado de inferioridad en que se halla colocada, y no interviene para nada en la direccion de los negocios domésticos encargados, como todos los demás, al marido, de suerte que si se han casado con un espóso rico, véanse relegadas al lugar más recóndito de la casa, rodeadas de un lujo que apenas estiman por lo mismo que no pueden ostentarle para hacer admirar sus encantos á lós extraños ó servir de aliciente para la envidia de las demás mujeres, y si han unido su suerte á la de un pobre, para la esposa están reservados los trabajos más duros y violentos, mientras el señor descansa, fuma ó combate, única ocupacion que no se considera indigna del musulman.

Admitida por Mahoma la pluralidad de mujeres, era natural que los soberanos se valieran de este permiso para satisfacer sus caprichos y voluptuosidades. Asi como los musulmanes ricos disfrutaban de cuantas mujeres pueden adquirir, así el jefe supremo del Estado lleva hasta la exageracion tal costumbre, contando las mujeres por centenares y aun por miles segun los tiempos, la proporcion y el capricho de cada uno.

Como los particulares encierran á sus esposas y concubinas en lo más recóndito de sus casas para librarlas de las miradas de los curiosos, así el Sultan

tiene palacios espaciosos en donde encierra á las suyas bajo la vigilancia de los eunucos, por lo regular esclavos negros á quienes se ha privado desde la niñez de todo estímulo amoroso. Generalmente son estos, desgraciados y repugnantes séres, pequeños y regordetes, de voz afeminada y aguda, y el oficio á que se hallan dedicados los convierte al poco tiempo en bajos, hipócritas é insolentes.

El harem no suele tener más que una puerta, y todas las habitaciones se hallan hácia el interior, en donde existen tambien jardines espaciosos y salones en que resplandece un lujo verdaderamente oriental. Grandes espejos, riquísimos tapices de las más delicadas telas, alfombras y cojines en gran número adornan aquellas residencias, en las que tambien la arquitectura ha empleado los rasgos más bellos y fastuosos, y allí, ya discurriendo por los jardines, ya en sus respectivas habitaciones, vive aquel enjambre de mujeres de todas clases y procedencias bajo la direccion y policía de la primera sultana, que tiene tambien el privilegio de disfrutar de la mejor vivienda.

Pocas veces ha sido lícito á los europeos traspasar los umbrales de semejantes recintos; así es que las noticias sobre este punto escasean. Como las costumbres permanecen inmutables, no hay inconveniente en que empleemos para la descripcion de la vida interior del serrallo las palabras del médico inglés M. Lempriere, que en el siglo pasado pudo visitar libremente el harem del Sultan de Marruecos, á fin de dispensar los cuidados de la ciencia á una de las sultanas que



se hallaba enferma. Oigamos al referido profesor:

«Cuando se me introdujo en la habitación de la enferma, de cuyo estado se preocupaba mucho Muley-ab-Salem, hallé que el departamento se había separado en dos por medio de una cortina. Una esclava joven me trajo un taburete que arrimó á este tabique improvisado y me hizo seña de que me sentase, y al cabo de un instante, la sultana á quien no podía ver, pasó su brazo por debajo de la cortina, diciéndome que le tomase el pulso, con la esperanza de que por él podría conocer los síntomas del mal. Grande era mi impaciencia, porque con esto no quedaba satisfecha mi curiosidad, y entonces creí encontrar el medio de conseguir lo que deseaba, manifestando á la enferma que era necesario que me enseñase la lengua. Mi extratajema no produjo el resultado apetecido, porque la sultana hizo con unas tijeras un corte en la cortina que la ocultaba, y pasó por él su lengua sin enseñar ninguna otra parte del rostro.

«Vi también en el serrallo á otra mujer que padecía de humores escrofulosos en el cuello. Era una favorita antigua de Muley y me prometió grandes presentes si la curaba. Al verme dudar del buen éxito, manifestó gran estrañeza, pues según me dijo, siempre había pensado que los médicos europeos curaban todas las enfermedades.

«Las mujeres del serrallo de Muley-ab-Salem no se hallaban ya en el período de su primera juventud, pues en apariencia, las de ménos edad frisaban entre los veinte y ocho á treinta años. A causa de la vida se-

dentaria que hacian, casi ninguna andaba con des-  
embarazo, y con respecto á imaginacion y estudio,  
carecian de una y otro segun pude juzgar. Me pre-  
guntaron si sabia leer y escribir y manifestaron gran  
asombro cuando les dije que gran parte de los cris-  
tianos se hallaban en aptitud de leer los libros en  
donde se consignaban los principios de su religion.»

El mismo viajero refiere en estos términos otra vi-  
sita que hizo al harem:

«La primera puerta del serrallo—dice—estaba cus-  
todiada por una escuadra de diez soldados negros, y  
despues de haberla franqueado se me condujo á un  
gran cuerpo de guardia en donde podria haber hasta  
una quincena de eunucos mandados por un alcaide.  
Nadie penetraba más allá de este recinto, á no ser que  
estuyese empleado en el servicio de las mujeres.»

»Entré en seguida en una especie de patio, en don-  
de percibí algunas odaliscas sentadas sobre el césped,  
y ocupándose en labores de aguja, en tanto que sus  
esclavas preparaban el *Kuscus*. Mi inesperada apari-  
cion me atrajo todas las miradas, y mientras algunas  
de aquellas mujeres emprendieron la huida, otras  
más resueltas preguntaron temblorosas al eunuco  
quién era yo. Tan luego como supieron mi calidad  
de médico y que iba para visitar á la sultana Alla-Za-  
ra, el patio se llenó de mujeres que repetian la pala-  
bra *Seranio Tibid*, es decir, un médico cristiano, y  
pocos momentos despues me encontraba rodeado de  
las bellas prisioneras, siéndome imposible dar un pa-  
so hácia adelante ni hácia atrás, pues todas querian

consultarme á la vez, al mismo tiempo que me miraban con gran curiosidad.

»Léjos de conducirse aquellas desgraciadas con el decoro y compostura que reclaman las ideas de modestia que por lo ménos se aparentan en Europa, me manifestaban un aire desenvuelto en sus ademanes y conversacion, que revelaba bien á las claras la clase de educacion que se dá á aquellos seres destinados á ser, más bien que compañeras, juguetes del hombre. Para desembarazarme de tanta importunidad, me vi obligado á recurrir al jefe de los eunucos, el cual, apelando á su autoridad, pronto me arrebató de entre las mujeres que me rodeaban.

»Llegué por fin delante de Alla-Zara, á quien encontré medio recostada sobre un monton de cogines cubiertos con un rico tapiz. Una docena de negras y otras mujeres dedicadas al servicio de la sultana, se hallaban de pié ó sentadas á alguna distancia. Cerca de la enferma habia colocado un cogin, en donde se me hizo tomar asiento. Dotada Alla-Zara de una belleza extraordinaria, algunos años antes habia conseguido alcanzar el favor y la predileccion del soberano marroquí; pero sus rivales, impulsadas por los celos y la envidia, concibieron y aun ejecutaron el proyecto de envenenarla. La robusta constitucion de la sultana la salvó del peligro, pero perdiendo en aquella crisis toda la belleza y la lozania de la juventud; y con estas condiciones toda la influencia que hasta entonces habia ejercido en el ánimo del Emperador.

»Dudaba de encargarme de una curacion larga y

difícil que podia retenerme por espacio de mucho tiempo en aquel país que á toda costa queria abandonar; pero los sufrimientos de la enferma me decidieron á prestarle mis cuidados. Al salir de aquella habitacion, una esclava de Alla-Batum, primera sultana, me obligó á presentarme á su ama. Aunque no sabia si me seria lícito acceder á este deseo, la curiosidad pudo en mí más que la prudencia y me dirigi á las habitaciones de Alla-Batum, belleza enteramente morisca, es decir, demasiado gruesa. Sus carnosas y abultadas mejillas estaban pintadas con un matiz rojo pronunciado, sus ojos eran pequeños y sin expresion, y su fisonomía revelaba que la sultana tenia de 36 á 40 años. Sólo la curiosidad la habia movido á enviarme á llamar, pues me habló de sus imaginarias dolencias con tanta tranquilidad que me creí dispensado de proponerle remedios. Se hallaba la sultana rodeada de una multitud de odaliscas que habian deseado verme y consultarme, y el aire doctoral con que les recomendé la sobriedad, les hizo formar una elevada opinion de mis conocimientos. Terminada la consulta, me hicieron aquellas desdichadas una porcion de preguntas que ponian de manifiesto su supina ignorancia, y á fin de detenerme allí más tiempo, Alla-Batum hizo que se sirviese el té.

»Despues de esta visita, ya me disponia á abandonar el harem, cuando me llamó la sultana favorita Alla-Buya. Al entrar en su habitacion, me sorprendió de tal modo su belleza, que ella debió percibir claramente la turbacion que me causaba. Era genovesa.

A la edad de ocho años habia caido en poder de un corsario, de donde pasó al del Emperador, quien la obligó á aceptar la religion musulmana y á entrar en el serrallo. Su belleza, sus talentos y una privilegiada imaginacion la elevaron—si así puede decirse—al rango que ocupaba. A la sazón podia tener de 22 á 23 años, y como sabia leer y escribir, sus compañeras la consideraban como un sér superior. Todavía conservaba bastantes recuerdos de sus primeros años para comprender que se encontraba en medio de un pueblo grosero é ignorante.

»El harem de Sidi-Mohammed constaba de 160 mujeres sin contar la multitud de esclavas que servian á las sultanas. La primera tenia la direccion del serrallo, y tanto ella como la favorita, disfrutaban el derecho de disponer de dos habitaciones, mientras las demás odaliscas no tenian más que una. El esterior de estos departamentos está esculpido con mucho gusto y el interior tapizado con ricas telas de damasco por las paredes y con soberbios tapices de Turquía por el pavimento, sobre los que se colcan cojines y mantas pequeñas para sentarse y dormir. Los techos están pintados y cubiertos de adornos y las paredes ostentan grandes espejos y profusion de ricas telas.

»La generosidad del Emperador con respecto á las mujeres varía mucho segun los sentimientos que consiguen inspirarle, pero por lo regular Sidi-Mohammed les asignaba sumas tan mezquinas que apenas se concibe como podian subvenir á sus necesidades.»

Alguna vez el Emperador se dignaba enviarles varias alhajas y otros regalos de escaso valor; pero donde sacan las sultanas favoritas los más saneados recursos, es de los regalos con que los pretendientes tratan de ganar su influjo para el mejor éxito de sus pretensiones, regalos que consisten casi siempre en dinero contante y alhajas de mérito y valor. Por lo regular el soberano es tan condescendiente sobre este punto que tolera semejante tráfico, del cual obtiene dos ventajas, la de que el harem le cueste menos y la seguridad de que estas riquezas vayan al fin y al cabo á parar al tesoro imperial.

Aunque dentro del recinto del harem disfrutan de bastante libertad en cuanto no se roce con el trato con otros hombres que los eunucos, la prohibicion de salir de allí es insoportable para la mayor parte hasta que no llegan á embrutecerse y por lo tanto á acostumbrarse á su prision. Cuando el Emperador cambia de residencia, suele llevar consigo algunas odaliscas; pero van conducidas en mulos y dentro de unas especies de jaulas cubiertas, ó en literas cerradas por completo, y aún así, para evitar toda indiscrecion, se anuncia anticipadamente el viaje á fin de que nadie se encuentre en el camino. Además de los eunucos custodian á estas mujeres algunas escuadras de soldados negros.

Aunque podría pensarse que en la adquisicion de tantas mujeres debería invertir el Emperador considerables sumas, hay sin embargo medios sumamente económicos, puesto que ni las costumbres ni los há-

bitos de un pueblo degradado permiten ciertas consideraciones y delicadezas. Existen moros tan bajos como ambiciosos que ofrecen sus hijas al Sultán, y de esta suerte consigue á muy poca costa poblar el harem de aquellas bellezas especiales que tanto se apartan del tipo europeo y cuyo principal atractivo consiste en una excesiva obesidad.

Podria creerse que disponiendo de tantas mujeres, los Emperadores de Marruecos tendrian innumerable descendencia; pero el mismo abuso de los placeres sexuales, la accion enervante del clima, la falta de toda higiene y la vida sedentaria que llevan aquellos soberanos embrutecidos, les ocasiona una prematura vejez. Sin embargo, algunos han tenido muchos hijos. Muley-Ismaél, abuelo de Sidi-Mohammed, á quien menciona Lempriere en la relacion que más arriba hemos transcrito, envió 300 suyos á Taflete, y el que reinaba en 1789 mandó al mismo depósito imperial á todas sus hijas, que constituian una considerable multitud. Segun se cuenta, la poblacion de Taflete sólo se halla habitada por descendientes directos de Mahoma que pertenecen á la familia imperial, que se precia de proceder en línea recta del fundador de la religion del Islam.

Faltando completamente la base angular de la familia; existiendo dentro del hogar doméstico el gérmen del más atroz despotismo, del cual es su verdadero representante el que ejerce el jefe del imperio, embrutecida la mujer, á quien se priva por completo de toda clase de educacion, es fácil concebir lo que

será el estado social de este desgraciado pueblo, condenado á no salir de la vida nómada y casi salvaje, más que para caer en otra organizacion viciosa, en la que domina el fatalismo, la ignorancia, la sensualidad, la falta de todo estímulo noble y generoso, y en donde todas las consideraciones, trabas y preceptos que caracterizan á los pueblos cultos carecen allí por completo de sentido y significacion.

Examinada la base angular de la familia, debemos ahora dedicar algunas páginas al estudio de las costumbres que de ella se derivan, asunto que será el objeto del capítulo siguiente.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

UNTA DE ANDALUCÍA



## CAPÍTULO VI.

Nacimientos.—Primera educacion.—Ceremonias fúnebres.—  
Cementerios.—Trato particular.—Hospitalidad.—Fiestas.—  
Música.—Danzas.—Corridas de pólvora.—Juegos.—Cafés,  
—Baños públicos.—Alimentos.—Convites.

En otro lugar hemos tratado de las prácticas y ceremonias con que se verifica la circuncision en los niños; por esta razon sólo dedicaremos aquí unas cuantas líneas á las solemnidades referentes al nacimiento de los musulmanes. Mientras la mujer se halla de parto, tanto la comadre como los que asisten al acto, cantan algunas oraciones en las que piden á Dios, á la virgen María (Meriam) y al Profeta que auxilien en aquel trance á la paciente, y á los siete dias ésta, si no se halla enferma de gravedad, abandona el lecho y se dirige á los baños públicos á las horas destinadas para las mujeres. El afan de cumplir con esta práctica suele producir graves inconvenientes, pues muchas veces una gran debilidad se apodera de la parida á quien hay que sostener para que pueda llegar á su casa, y que se vé obligada á guardar cama de nuevo por espacio de más ó ménos tiempo. Tambien á los siete dias se verifica entre los musulmanes la ceremonia de imponer el nombre al niño, para lo cual se reunen en la casa de los padres los parientes y

amigos y discuten el particular largamente. Cuando ya se hallan de acuerdo, degüellan á la puerta de la calle ó en el patio de la casa uno ó varios carneros ó cabras, segun la fortuna de cada uno ó el número de convidados, y los ricos por ostentacion envian varias reses á las prisiones á fin de que los detenidos en ellas solemnizen tambien este acto.

Mientras el carnicero verifica la matanza entona una corta oracion, en la cual figura el nombre del niño, y despues se concluye la ceremonia con un banquete, bailes y regocijos que duran gran parte de la noche.

Por lo regular en Marruecos las madres crian á sus hijos, y tanto las de las clases ménos acomodadas como las de las tribus del campo, llevan mientras desempeñan sus quehaceres á los pequeñuelos á la espalda sujetos con una banda de tela y cubiertos con el jaique. Entre los kabilas y árabes nómadas desde muy tierna edad, se hallan las criaturas expuestas á la intemperie, arrastrándose por el suelo, cuando no andan todavía, á la puerta de la tienda de campaña ó de la choza, mezclados con los animales. De esta manera se endurecen desde la infancia y se acostumbran fácilmente á toda clase de fatigas, adquiriendo como es natural los hábitos de una existencia semi salvaje, que les hace odiar toda clase de sujecion y servidumbre, hasta el punto de que el árabe nómada considera con el más soberano desden al que se somete á la residencia de las grandes poblaciones, en donde el despotismo se hace sentir con gran fuerza.

La instruccion de la mayor parte de los niños, pues las mujeres ya hemos dicho que carecen por completo de ella, se reduce á la asistencia á una escuela muy imperfecta en dondè aprenden los rudimentos de la lectura y escritura, de suerte que el que se halla en aptitud de copiar algunos capítulos del Koran y los lee con cierta correccion, se cree ya en condiciones muy superiores á las de sus demás compatriotas.

Fatalista el musulman, tanto por naturaleza como por el influjo que en él ejerce la religion, así como carece de todo estímulo de actividad para procurarse los medios de salir de su esfera, pues cree que cuanto ha de sucederle está ya decretado por la Providencia de un modo inmutable, así ve tambien acercarse sus últimos dias con entera tranquilidad, seguro de que en su calidad de creyente en la ley del Profeta le aguardan en la otra vida los goces voluptuosos, y sin término del paraiso.

Al sentir cercano su último instante hace que le vuelvan hácia el Oriente, donde se halla la ciudad sagrada de la Meca y el templo de la Caaba santificado por el Profeta, y mientras conserva el uso de su razon se recomienda á la proteccion de Dios, pronunciando las palabras Mojammed-rasul-Alla, es decir, Dios y Mahoma su Profeta.

Tan luego como los circunstantes se han cerciorado de que el moribundo lanzó el último suspiro, lo cierran los ojos y prorrumpen en ruidosas lamentaciones acompañados de los vecinos más cercanos y con especialidad de las mujeres, que repiten sin cesar

las palabras *d huili, d huili*, que quiere decir [desgracia, desgracia! Mientras dura este duelo (veinticuatro horas) algunas familias llaman á varios *tolba*, especie de religiosos que recitan algunos versículos del Koran.

Por lo regular el entierro se verifica el mismo día del fallecimiento. A los pobres los amortajan con un pedazo de tela de algodón; pero los ricos van al ataúd cubiertos de suntuosos trajes de colores blanco y verde. En muchos casos se prescinde del ataúd y se conducen las cadáveres á su última morada en una camilla de las que poseen para este efecto las mezquitas, camilla que se cubre con telas más ó menos ricas segun la fortuna de cada cual ó con la bandera de alguna *Zauya*, especie de establecimientos que sirven á la vez de escuelas, conventos y hospederías.

El cortejo fúnebre suele ser numeroso, pues además de los amigos y parientes del finado, forman parte de él los pobres. Rompen la marcha varias caballeras cargadas de pan, higos, dátiles, pasas, otras frutas y algun dinero que se distribuye entre los pobres, y detrás del ataúd ó camilla van los concurrentes al acto formados en filas de cuatro en fondo, entonando el símbolo de la fé, es decir: No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta. Sobre la sepultura se degüella alguna res en expiacion de los pecados veniales del difunto, mientras los circunstantes, colocados en corro alrededor de la fosa, en el cual colocan el cadáver mirando hácia la Meca, presencian el

acto de cubrirle con la tierra. Antes de verificar esto, uno de los circunstantes repite al oído del finado las respuestas que ha de dar al ángel de la muerte cuando le encuentra á las puertas del paraiso, y en seguida colocados todos en fila van pasando por delante del que preside el duelo dirigiéndole algunas palabras de conformidad y saludándole con una profunda reverencia. Visitan despues la sepultura las mujeres lanzando agudos lamentos.

Los cementerios entre los marroquíes están plantados de palmeras, laureles, higueras y otros árboles; pero en las sepulturas no se coloca inscripcion alguna que recuerde el nombre, calidad y circunstancias del difunto, distinguiéndose solamente el sexo por unas tablas que introducen á los pies del cadáver y en los cuales se hace una pequeña hendidura si ha pertenecido á una mujer.

Los musulmanes de Marruecos en su trato particular son ceremoniosos y afables, saludándose con mucho interés los amigos y conocidos siempre que se encuentran. Los que se tratan con intimidad se abrazan cordialmente, y los simples conocidos se dan la mano, llevando despues cada cual la suya al pecho y besándola en seguida. Esto por lo que respecta á personas de la misma clase ó categoría, pues cuando el inferior encuentra á sus superiores, despues de hacerles grandes reverencias les besa la mano ó una orilla del jaique si está á pié, el turbante si está sentado y la rodilla si vá á caballo. Cuando el inferior encuentra en su camino á una persona de elevada cate-

goria, se apea de su cabalgadura antes de llegar á él y le besa en la rodilla.

Respetan por lo regular los jóvenes mucho á los ancianos, así es que en su presencia evitan toda palabra licenciosa ó atrevida y cualquier conversacion que se refiera á las mujeres. El hijo no debe sentarse ni fumar delante del padre, y aún para usar de la palabra ha de aguardar á que se le pregunte. En cuanto á los ministros del culto y á las personas de distincion jamás fuman en público.

Para entrar en un lugar sagrado ó en una habitacion tapizada, el musulman se despoja previamente de las babuchas, y cuando pasa por delante de alguna reunion de personas emplea el siguiente saludo sacramental: «Essala alicum» (la salutación de Dios sea con vosotros) á lo que se le contesta «Ua alicum essalam» (y sobre tí la salutación). Si el musulman encuentra á su paso alguno que se halle trabajando le dirá: «Alla iannec» (Dios te ayude), y nunca comenzará su trabajo, ni tomará alimento sin que diga: «Bismi-l-lah» (en el nombre de Dios).

Ningun musulman puede presentarse delante de las mujeres sin aviso prévio, á fin de darles tiempo para cubrirse; cuando debe pronunciar alguna palabra inconveniente añade en seguida *jaschac*, es decir, con perdon, y no escupe jamás en los lugares sagrados ni en los destinados á la habitacion.

La hospitalidad es una ley inquebrantable entre los musulmanes, y sobre todo entre los árabes nómadas y en las poblaciones del campo se practica con tanta

caridad como afecto, de suerte que los mismos individuos acostumbrados al robo y al saqueo, no se permitirán causar la menor molestia al viajero que se acoge á su tienda. Hé aquí de qué manera habla de estas costumbres un poeta árabe: • Cuando el forastero viene á pedirme asilo, se cree trasportado al fértil valle de Teba. La madre de familia reducida á la miseria establece su morada entre las cuerdas de mi tienda; allí, cubierta de andrajos se parece al camello consagrado á la memoria de algun difunto y atado cerca de su tumba; y cuando los vientos del invierno se combaten en la llanura, los huérfanos encuentran en mi mesa alimento abundante... Entre nosotros siempre ha habido hombres generosos que se complacen en esparcir los beneficios y que mirán las acciones nobles y generosas como la sola recompensa digna de su ambicion. •

En efecto al presentarse un viajero á pié ó á caballo delante de un aduar, debe detenerse á alguna distancia pronunciando en alta voz las palabras: Difrobhi (huésped del Señor) y muy pronto verá precipitarse á su encuentro los habitantes de la tienda que se apresuran á bajarle del caballo y á introducirle en su vivienda, sirviéndole como refresco leche de camella y fruta, en tanto que preparan la comida, reducida por lo regular al cuzcuz y á carne de camello.

Solo cuando el huésped debe descansar le abandona el dueño del aduar, que le acompaña incesantemente y le obsequia con cuantos recursos le ofrecen los medios de que dispone, y todo esto sin que mani-

fieste la menor curiosidad por saber su nombre, ni el objeto de su viaje, ni ninguna de las circunstancias y pormenores de su vida. Aunque sea enemigo mortal de su huésped jamás se permitirá el árabe, mientras le tiene bajo su protección, la más ligera muestra de desagrado. Cuando el viajero emprende de nuevo su marcha le entregan su caballo si le ha traído, del cual no ha tenido que preocuparse, sabiendo ya que ha de estar cuidado con todo esmero.

No asistiendo las mujeres á ninguna fiesta ni diversion en público ha de faltar naturalmente el principal aliciente de todo espectáculo; así es, que en el imperio ni existen teatros ni plazas de toros, reduciéndose todas las distracciones públicas á las que ofrecen los titiriteros y saltimbanquis que recorren las calles y á los bailarines y cantores que recitan cuentos y cierta especie de romances.

Los instrumentos de música se hallan todavía en un estado rudimentario. Por lo regular en las fiestas de familia se reúnen algunos instrumentistas que tocan la guitarra, el violin con dos cuerdas y panderos, y tamboriles para llevar el compás. Los bailes á que se dedican solamente las mujeres, son una especie de danzas que consisten casi siempre en girar en círculo inclinándose, ya hácia adelante, ya hácia atrás; moviendo las caderas de un modo voluptuoso y lascivo á semejanza de las bailadoras de algunas de nuestras provincias meridionales.

Las corridas de pólvora á que son muy aficionados los marroquies, se verifican para celebrar grandes



solemnidades ó en honor de algun elevado personaje. Reúnense para este efecto en un paraje llano y despejado los jefes de las kábilas y las personas principales; montados en magníficos caballos lucen su destreza proverbial en esta clase de ejercicios. Se dividen en grupos simulando un ataque, exhalan gritos de guerra y emprenden unos contra otros á la carrera, disparando sus espingardas al aire sin detenerse en sus evoluciones. Lo vistoso de los trajes, la rapidez de los movimientos, la facilidad con que los caballos dan vueltas aún en el más pequeño espacio, deteniéndose en medio de la marcha más veloz á dos dedos de una pared ó cualquier otro obstáculo, dan un carácter singular á esta fiesta, acompañada además de los gritos de alegría de los espectadores.

Los marroquies son tambien muy aficionados á ciertos juegos de habilidad y destreza; especialmente el de la pelota, y tambien se ocupan mucho en el del ajedrez y las damas, á que sustituyen desde hace algun tiempo los de naipes que se han introducido de Europa.

Los cafés, llamados *kakenadchis*, en nada se parecen á los de otras partes, pues por todo adorno y mueblaje tienen unas cuantas esteras y algunos bancos cubiertos con pedazos de viejas y manchadas alfombras. En un rincon de estos tugurios se halla la hornilla y el aparador en donde se ostentan las cafeteras, tazas y platos nada limpios por cierto, puesto que se lavan, cuando se han usado y para servir á un nuevo consumidor, en un cubo de agua de color indefini-

ble y que sólo se remuda de tarde en tarde. A estos establecimientos acuden los marroquíes y se sientan por lo regular en el suelo con las piernas cruzadas, con la taza de café delante y fumando en la pipa el *quif* (planta que contiene un principio parecido al del opio) que les produce un aletargamiento en el que suelen permanecer días enteros.

Con respecto á los baños, hé aquí la descripción que encontramos en un escritor por lo general bien informado:

«Los establecimientos bañerios, llamados *Jhammans* forman un cuadrado más ó menos perfecto, cubierto por bóvedas semi-esféricas, puertas bajas y macizas y umbral triste y silencioso. Al entrar en aquel recinto se respira desde luego un ambiente tibio y voluptuoso; la primera habitación que se encuentra es una sala en cuya extremidad está sentado el dueño del establecimiento inmóvil y silencioso hasta que la llegada de algún bañista le hace salir de sus habituales meditaciones. Recibe en calidad de depósito las alhajas, dinero y ropa de cada uno de los concurrentes de cuyos objetos es responsable. Dicho salón dá entrada á unas habitaciones en las que hay entarimados con colchones ó alfombras, que sirven de descanso á los bañistas y sobre los cuales se acuestan al salir del baño.

«Después de entregar al depositario ropa y demás efectos y quedar completamente desnudo, uno ó dos dependientes de la casa se apoderan del bañista y le introducen á través de oscuros pasillos hasta la pri-

mera sala de baño. Sin el auxilio de los guías, casi todos se estrellarían contra los mármoles del pavimento, pues á causa del jabón y uso continuo, están extremadamente resbaladizos. Debemos hacer notar también la elevada temperatura del piso; tanto es así, que en algunos baños llevan para no quemarse los pies una especie de sandalias de madera, sujetas con cuerdas ó correas.

» Apenas se halla uno en el interior de este horno de vapor, se siente sofocado y sin poder respirar: inmediatamente empieza á sudar por todos los poros. En este momento, cualquiera de los bañistas más inmediatos ó bien el dependiente conductor, mediante una pequeña retribucion, se apodera de él, le tiende en el suelo, cuyo calor es al principio insoportable, pero al que se acostumbra al poco tiempo. Entonces la mano del dependiente recorre todo el cuerpo del paciente, oprimiendo ligeramente la piel con objeto de ablandar los tejidos, y despues de esto empieza á estrujarle y comprimirle, hasta que en todo el cuerpo no deja una sola articulacion sana. Todas estas operaciones las ejecuta el dependiente cantando en tono lento y lastimero, sacudiendo sin cesar sobre el cuerpo del bañista fuertes palmadas y produciendo un ruido sonoro que se confunde con los quejidos, canciones y palmadas de los demás, que apenas se distinguen por el espeso vapor que les rodea.

» Tampoco escasea el agua caliente que continuamente le están echando por todo el cuerpo. Para terminar le dán una friccion con jabón, echándole por

la cabeza algunos cubos de agua á muy elevada temperatura; pásanle á otra pieza ménos calientè, y despues de breves instantes, envuelto en su jaique se dirige á la sala de descanso en donde acaba de vestirse. Despues de tomar uno de estos baños, el cuerpo experimenta un bienestar indecible.

Así los hombres como las mujeres deben bañarse por lo ménos una vez á la semana. Por la mañana hasta la una, los establecimientos de baños están destinados á los hombres y por la tarde concurren las mujeres.

Para los musulmanes existen ciertos alimentos que se consideran como prohibidos, por más que en el Koran no se halle terminantemente establecida su absoluta exclusion. En los países cálidos, la carne demasiado crasa como la del cerdo, es excesivamente indigesta y ocasionada á producir enfermedades cutáneas; por esta razon, y siguiendo las huellas de Moisés, aconsejó Mahoma á sus sectarios que no la usasen. El Koran dice sobre este punto lo siguiente: «Está prohibido por Dios comer los animales muertos con su sangre; la sangre, la carne de puerco, todo lo que muere bajo la invocacion de otro nombre que el de Dios, los animales ahogados, los aporreados, los que mueren de una caida, los acometidos por una fiera, á ménos de ser purificados, y los que han sido inmolados en los altares de los ídolos.» Pero en otro lugar, dice el libro por excelencia para los árabes: «Hoy he perfeccionado vuestra religion y llegado al colmo de mis beneficios en vuestro obsequio...

El que cediendo á la necesidad del hambre quebrante nuestras disposiciones, será absuelto, pues Dios es indulgente y misericordioso»... «Hoy se os ha permitido todo lo que es bueno: el alimento de los que han recibido las escrituras es lícito, y el vuestro lo es igualmente para ellos.»

Tampoco se prohíbe el vino terminantemente en el Koran como cosa en esencia mala, sino como peligrosa, y siguiendo en este punto Mahoma el ejemplo de Moisés, dice: «Te interrogarán sobre el vino y sobre el juego; diles que tanto en uno como en otro hay mal y bien, pero que el mal excede al bien.» Y en otros pasajes del Koran, se lee: «¡Oh creyentes; el vino, los juegos de azar, las estatuas y la suerte de las flechas, son una abominacion inventada por Satanás! Absteneos de ellos y sereis felices»... «Satan desea excitar el odio y la enemistad entre vosotros por medio del vino y del juego y alejaros del recuerdo de Dios y de la oracion.»

Como se vé, aquí se reprueba tambien el culto de las imágenes, como expuesto á la idolatría y ciertas prácticas de los pueblos primitivos de la Arabia que consistian en consultar el destino por medio de las flechas, que en número de siete se custodiaban en el templo de la Meca, llamado la Caaba.

En un país en donde la agricultura está todavía en la infancia y que se halla aislado casi de todo comercio con el exterior, los habitantes en general han de ser frugales, y en efecto, en Marruecos, prescindiendo de los ricos y eso tan solo en los banquetes so-

temnés, todos los demás tienen, como base casi única de su alimento el cuzcuz, al que nos hemos referido varias veces y que vamos á describir á continuación. Consiste este plato en una masa suelta de harina, agua y sal, que amasan en el fondo de un gran barreño, hasta que queda reducida á unos granitos más ó menos grandes. Hecha esta operacion, se traslada la pasta á un puchero de boca ancha, llamado *quescas*, cuyo fondo está lleno de agujeros pequeños, el cual se coloca sobre una olla ó marmita en que hay carne, aves, verdura, huevos y otros comestibles, segun los medios de cada uno. Con el vapor que se desprende de esta marmita se cuece el cuzcuz, que despues se sazona con manteca, caldo ó leche, y mezclándole el contenido de la olla.

Los marroquíes no usan cucharas y tenedores en la mesa. Con la mano derecha, que lavan previamente, cojen puñados de cuzcuz y de las otras viandas y así la llevan á la boca, manchándose, como es natural, la barba y los trajes y ofreciendo por lo tanto un espectáculo repugnante para el que no está acostumbrado á él. Además, todos comen en el mismo plato, y cuando hay que partir alguna vianda, uno hace la señal y todos á la vez tiran al mismo tiempo del ave, pedazo de carne ó lo que sea, comiéndose lo que les ha cabido en suerte. Tan solo las cosas que tienen mucho caldo se comen con cucharas, y el pan no lo parten con ningun instrumento cortante, sino con las manos en pequeños trozos.

En los convites suntuosos no se abandonan estas

prácticas, sino que hay preparadas vasijas con aguas olorosas para que los asistentes se laven con frecuencia la mano con que comen, que es siempre la derecha. En estos se usan también mucho las frutas á que los musulmanes son muy aficionados; pero no se emplea otra bebida que el agua, aunque en las poblaciones de la costa en donde se hallan en contacto con los europeos, los marroquíes no se muestran muy escrupulosos en guardar las recomendaciones del Korán, manifestando mucha predilección por el vino.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

## CAPÍTULO VII.

Instrucción pública.— Escuelas de primeras letras.— Centros superiores de enseñanza.— Facultades.— Grados académicos.— Medicina.— Supersticiones.— Santuarios.— Cofradías.— Los Isaua.

Por todo lo que dejamos dicho fácilmente se deduce á qué estará reducida la cultura intelectual en un imperio que después de haber atravesado por multitud de peripecias y cambios casi radicales, ha tenido la desgracia de que en él prevalecieron los elementos menos civilizados y más refractarios á cuanto significaba adelantamiento y progreso. En la época en que este territorio se halló en inmediato contacto con la civilización omniada, vió elevarse en sus principales poblaciones sábios institutos de enseñanza, en los cuales se cultivaban varios ramos del saber y sobre todo la filosofía, la literatura, las ciencias exactas y naturales y cuantas de ellas se derivan; pero la invasión primero de los Almoravides y luego la de los Almohades, procedentes ambas de la parte meridional del Atlas, hicieron que predominase la raza indígena, que así como en la conquista desplegó una barbarie casi inconcebible, tuvo especial empeño en destruir todos los elementos de cultura que los árabes en sus mejores tiempos habían difundido por el país. Desde



entonces nada ha adelantado este pueblo en civilización, pudiendo decirse con gran exactitud que más bien camina á un estado mayor de embrutecimiento y abandono, merced á las condiciones del gobierno despótico á que se halla sujeto, y que desde lo alto propaga hasta las últimas ramificaciones del pueblo la barbarie y el oscurantismo como elementos de sujeción y de dominio.

No extrañaremos, por lo tanto, que la instrucción en Marruecos se halle en el más deplorable estado. Las pocas escuelas de primera enseñanza que existen se encuentran por lo regular establecidas en las inmediaciones de las mezquitas, y en ellas sólo se enseña á leer y escribir los versículos del Koran en unas tablas bien pulimentadas de unas 10 pulgadas de largo por siete de ancho. Cuando se llenan estas especies de pizarras se lavan y pulimentan de nuevo con una pasta de arcilla que las blanquea; pero conservando siempre las últimas palabras que se han escrito y que sirven para continuar la reproducción de los siguientes versículos, puesto que el Koran es el único libro de texto.

El profesor, llamado *Fehi*, dicta á sus discípulos la continuación de los pasajes que han comenzado el día anterior, y como cada uno de estos lleva distinta lección, es curioso ver con qué facilidad el maestro atiende á todos á la vez con solo que le repitan las dos últimas palabras del escrito. En vez de plumas emplean para este ejercicio unas cañas preparadas al efecto y que cada uno recorta á su gusto, haciéndolas

una pequeña hendidura. La tinta, (llamada *smak*), es una composición formada por asta y lana quemadas, disueltas en agua, composición que, además de ser muy negra, se borra fácilmente de las tablas que, según hemos dicho, deben prepararse de nuevo todos los días.

La primera enseñanza se reduce, pues, á la lectura y escritura; pero los que han de seguir la carrera de letrados (*tolba*), continúan perfeccionándose por espacio de algún tiempo más en el conocimiento del Koran.

En Fez, que en otro tiempo poseía establecimientos de enseñanza y sobre todo una Universidad que competía con la de Córdoba durante la época de mayor florecimiento de la cultura arábiga, no se enseña actualmente mas que la gramática, algunos elementos de geometría, la poesía, la retórica, algo de metafísica, un poco de astronomía, de física y de química, si bien por lo que respecta á estos últimos ramos, todo se reduce, á unas cuantas nociones empíricas, y varias manipulaciones que más bien se rozan con la alquimia que con la verdadera química.

Los que se dedican al estudio del derecho reciben también en esta escuela la explicación y comentario de las tradiciones musulnicas, y partiendo de la base del Koran se desenvuelven todos los principios de jurisprudencia tanto civil como criminal, que verdaderamente no sirven de gran cosa, donde la propiedad no se halla garantida contra las arbitrariedades del déspota, y los castigos se dictan casi siempre sin for-

malidad de proceso y por el capricho imperial ó de los funcionarios que de él dependen.

La historia está reducida casi exclusivamente á la tradición mezclada con cuentos fabulosos, de suerte que allí se desconoce por completo la vida de las demás naciones, y con respecto á la de la patria, ha de estudiarse en composiciones poéticas compuestas por los *Tolba* ó letrados de un modo caprichoso y sin sujeción á documentos ni antecedentes de ningun género. En Marruecos se desconoce por completo el arte de la imprenta, y los pocos libros que se poseen son manuscritos, siendo en su mayor parte copias del Koran.

La Universidad de Fez sólo puede conferir los tres grados literarios siguientes; 1.º el de *Taleb*, letrado, erudito; 2.º el de *sefchi*, doctor ó profesor; y 3.º el de *alema* ó *ulema*, es decir, el más superior de todos.

A pesar de que en los buenos tiempos, el arte de la medicina ha estado muy adelantado entre los musulmanes y en las principales poblaciones de Marruecos, había institutos y academias en donde se estudiaban las ciencias naturales con gran aprovechamiento, como más arriba dejamos indicado; de todo esto no queda el más ligero vestigio.

El arte de curar está hoy reducido en todo el imperio á algunas prácticas rutinarias y empíricas, mezcladas con otras supersticiosas y que nacen de la gran fé que tienen en ciertos amuletos. Estos consisten principalmente en algunos versículos del Koran encerrados en un saquito de paño ó de piel, y raro es el

musulman que no los lleva siempre consigo, colgándolos también á los camellos, caballos, asnos, mulas, etc., para librarlos del mal de ojo. Estos amuletos se colocan en la parte más enferma; y si con esto no se consigue la curacion, el musulman quedará tranquilo repitiendo la fórmula consabida: «Estaba escrito.»

Sin embargo, además de este recurso curativo, cuya eficacia fácilmente se concibe, emplean los médicos marroquíes el hierro candente, las ventosas, las sanguijuelas y las sangrías. Para las enfermedades de los ojos recurren á las sangrías, especialmente en la nuca ó en las pantorrillas, y la amputacion de un miembro cualquiera, se verifica separándole de un sólo tajo con una guma ó cuchillo, haciendo padecer de un modo horrible al paciente. Para evitar la hemorragia se introduce la parte que ha sufrido la amputacion en un recipiente de pez hirviendo; pero como es natural, muy pocos son los que sobreviven á un tratamiento tan bárbaro.

El fatalismo les impulsa también á no sujetarse á ningun régimen, y sobre todo cuando la enfermedad es grave, pues si está escrito que el paciente muera, ¿para qué—dice el musulman—se le ha de privar de la satisfacción, mientras pueda, de sus gustos y caprichos?

Los oficios de dentistas, cirujanos y barberos, se confunden con la profesion de médico, que por lo regular está desempeñada por charlatanes que rodean el ejercicio de sus prácticas de cierto aparato supersticioso.

Este elemento entra por mucho en la vida del marroquí, que cree en la magia y en los augurios, teme el mal de ojo, y dá gran importancia á los filtros y hechizos que fabrican y venden á buen precio los *tolba* y aun algunas mujeres.

Entre los musulmanes los colores brillantes y con especialidad el rojo, denotan alegría y felicidad, el negro y amarillo miseria y dolor y los usan cuando desean mal á alguno de sus enemigos. Aunque de noche al atravesar algun paraje triste y solitario oiga el marroquí algun ruido detrás de él, no volverá la cara, pues cree que estando el hombre seguido constantemente por un espíritu invisible, se expone á la muerte ó á grandes peligros si comete la indiscrecion de satisfacer su curiosidad.

Es tambien de mal agüero escupir en el fuego ó soplar para apagar la luz, pues esto debe hacerse agitando violentamente el viento con las manos. Al degollar á los animales los vuelven en direccion á la Meca, siendo considerada como carne impura la que procede de reses que no se han matado de este modo.

Quien emprende un viaje, ha de hacerlo en lunes, jueves ó sábado y con preferencia en este último dia, y sólo en el caso de una extrema necesidad se permite el musulman salir de esta regla.

Green los marroquíes que el que muere durante el mes de Ramadan vá derecho al paraiso, cuyas puertas, segun dicen, se hallan abiertas todo este tiempo asi como están cerradas las del infierno, y asi es se considera esto como una ventura y es ménos sen-

tido por sus parientes y amigos el que la alcanza.

Las golondrinas son para el musulman sagradas, y de la misma inmunidad gozan las ranas, la cigüeña, el cuervo, la tórtola y el ruiseñor.

Aunque en la parte relativa á la religion hemos tratado de la vida cenobítica entre los musulmanes, debemos en este capítulo ocuparnos de cierta clase de establecimientos de esta índole que existen en Marruecos. Los *zauyas* son una especie de recintos que á la vez sirven de escuelas, conventos y hospederías. Por lo regular se hallan fundados sobre la tumba de algun santo cuyo nombre llevan, y son objeto de gran veneracion por parte del pueblo que acude allí en sus tribulaciones y desgracias. Compónese generalmente el *zauya* de una mezquita, una *Kobba* ó cripta subterránea, donde reposa el cuerpo del santo, un local para la lectura del Koran, otro destinado á escuela de primeras letras, otro para el estudio de las ciencias, varios departamentos para los *tolba* ó letrados, y finalmente unos cuartos en donde se albergan los viajeros y los pobres.

Tanto en el patio como en el piso de la mezquita, pueden enterrarse las personas que lo solicitan mediante el pago de cierta cantidad para el sostenimiento de semejante instituto, en donde se practica en primer término la hospitalidad, con todo el que se presente, por espacio de tres dias. Además, al rededor de los *zauyas*, suele haber gran número de *kolbas* aisladas, es decir, pequeñas casetas cuadradas, cubiertas de una cúpula en forma de media naranja y

que encierran los restos de algun piadoso varon. Los fieles, á semejanza de los cristianos, cuelgan en estos santuarios como *ex votos*, alfombras, estandartes y otras prendas.

Cada *zauya* está bajo la autoridad de un jefe superior que se designa con el nombre de *emhaddem*, dignidad hereditaria de varon á varon, y que al extinguirse la familia del fundador se convierte en electiva entre los *mrabel* (doctores) y *tolba* (letrados), que habitan el santuario. Estos establecimientos se sostienen con el producto de donaciones voluntarias, de ofrendas numerosas y de fundaciones piadosas. Los cenobitas no tienen que dedicarse á trabajo alguno ni que preocuparse por la satisfaccion de sus necesidades, pues á esto atienden con solicitud los fieles, proveyéndoles de alimento y asistiéndoles en todos los pormenores de la vida. Cuando los *tolba*, discípulos de los *mrabel*, han adquirido los suficientes conocimientos en el dogma, en la jurisprudencia musulmana y en el texto del Koran, hasta recitarle de memoria, pueden ejercer las funciones de profesores y escribanos y aún llegar á obtener elevados puestos en la magistratura. Aunque todos afectan seguir con puntualidad las prácticas del culto y llevan siempre consigo el rosario de las noventa y nueve cuentas que recuerda los diferentes nombres de Dios, aparentando gran humildad y modestia, con frecuencia bajo esta capa de santidad se ocultan las más ruines y bajas pasiones. Así es, que son generalmente estos *tolba* más supersticiosos y fanáticos que los demás musulmanes,

afanándose para conservar el pueblo en el odio inextinguible hacia los infieles.

En Marruecos se hallan establecidas muchas que podemos llamar cofradías religiosas, entre las cuales las más importantes son las de los *Aghmacha* é *Isana*. Cada una de estas hermandades tienen su *zauya* ó santuario, en donde se reúnen en ciertos días señalados, y especialmente los viernes, á celebrar sus ceremonias. Por lo general, los marroquíes se hallan afiliados á alguna de estas cofradías, designándose los hermanos con el nombre de *Juan*. En cuanto á las ceremonias, se diferencian muy poco unas de otras cofradías: reúnen los miembros en los patios de los *zauyas* que son espaciosos, y allí, al son del tamboril ó de algun otro instrumento músico, se entregan á danzas especiales, en las que se agitan descompuestamente como si se hallasen poseidos de algun espíritu infernal, lanzando grandes ahullidos hasta que sus facciones adquieren un aspecto feroz y echan espuma por la boca. Entonces, según creen, se hallan poseidos de la gracia del santo patrono; comen animales venenosos, estopas encendidas y aun brasas como los saltimbanquis, hasta que rendidos de cansancio caen al suelo cubiertos de un copioso sudor. Tapados con sus jaiques permanecen inmóviles por espacio de horas enteras, y después se les introduce en el santuario, en donde por medio de sahumeros de hojas de benjuí, que para los musulmanes tienen la propiedad de ahuyentar los malos espíritus, vuelven en sí de aquel estado de sopor y embrutecimiento.



Los *isaua* reconocen como patrono á Side-ben-Isa, á quien todos los marroquíes invocan contra las serpientes y animales venenosos. La mayor parte de los cofrades se proveen de reptiles de todas clases y así recorren las poblaciones del imperio en grupos de cinco ó seis, acompañados de algunos que tocan unas flautas muy largas de timbre lúgubre, y tamboriles con un ritmo especial y cadencioso. En los pueblos, en las aldeas y en los aduares de las tribus nómadas, exponen al público aquellos repugnantes animales y les hacen ejecutar extraños juegos en medio de los corros que se forman en las calles y plazas. Muchas veces se ha visto presentar á una de estas serpientes un cordero que á los pocos momentos de ser mordido muere en medio de las más terribles convulsiones, y una vez hecha esta prueba, los *isaua* manejan á su capricho aquellos reptiles, llevándolos entre la camisa y la carne y metiendo la mano desnuda en las cestas en donde los llevan, sin experimentar mal alguno.

Aseguran los marroquíes que todos los *isaua* están exentos de las picaduras de aquellos terribles animales, y así cuando cualquiera vé uno de ellos lo primero que hace es invocar el nombre del santo patrono de esta cofradia. El que desea hacerse para siempre invulnerable contra semejantes mordeduras dá á los *isaua* cierta cantidad y entonces le enroscan al cuello algunas de aquellas serpientes, pronunciando el nombre de Side-ben-Isa y recitando una corta oracion, y desde aquel instante se le asegu-

ra que puede ir donde quiera sin temor de ser acometido por ningún animal venenoso.

En corroboración de lo que llevamos dicho véase lo que sobre este particular refiere Sir James Richardson que visitó el imperio á mediados del siglo presente:

«Había oído hablar muchas veces de las terribles serpientes de la provincia de Sus, entre las cuales si hemos de creer á los moros, se encuentran todavía algunos ejemplares de *pitones* capaces de embarazar la marcha de las caravanas y dignas por su tamaño de figurar al lado de la famosa serpiente de Bagrada, de clásica memoria (1). De esta provincia del Sus es de donde proceden casi todos los *isaua* ó industriales que poseen el arte de encantar á las víboras más peligrosas.

Una mañana nos encontramos en la plaza del mercado con una cuadrilla de estos hombres, tres de los cuales eran músicos, cuyos instrumentos consistían en largas y gruesas cañas en forma de flautas, con las que producían sonidos melancólicos, no desprovistos de cierto encanto.

Invitados los *isaua* á enseñarnos sus serpientes no

---

(1) Dicen los historiadores romanos que al pasar á Africa el procónsul Régulo, durante la primera guerra púnica se adelantó hasta el río *Bagrada* (*Megrada*), en donde encontró una serpiente monstruosa, contra la cual hubo que emplear las máquinas de guerra. La piel llevada á Roma medía cien pies de longitud.

opusieron dificultad alguna. Comenzaron por elevar sus manos hácia el cielo y murmurando al unísono una oracion dirigida á la divinidad, invocando después el nombre de Sidi-ben-Isa, patróno de los encantadores de serpientes. Terminada la invocacion comenzó la música, y el encantador de serpientes se puso á danzar, dando vueltas con gran velocidad en derredor de un cesto de juncos, cubierto con una piel de cabra, bajo la cual se ocultaban los reptiles. De repente se detuvo el *isaua* metió su brazo desnudo en el cesto y sacó del un *cobra capello*, que rodeó á su cabeza como si fuese un turbante, al mismo tiempo que continuaba en su singular baile.

Dando vueltas más rápidamente todavía, volvió el encantador á meter la mano en el cesto, del cual sacó sucesivamente dos serpientes muy venenosas de la especie que los habitantes de la provincia de Sus designan con el nombre de *leffa*.

Estos reptiles tienen de dos y medio á tres piés y la piel blanquecina con manchas negras. Colocadas en el suelo las *leffas*, seguan con mirada brillante los movimientos del *isaua*, y cuando él se aproximaba á ellas, le atacaban rápidamente; siendo rechazadas con el jaique de que el encantador se servia para defender sus piernas desnudas.

Invocando entonces el nombre de su patróno se apoderó el *isaua* de una de las serpientes, y sin cesar en el baile, abrió con una vara pequeña las mandíbulas del reptil para enseñar á los espectadores los agujones de donde fluia una materia blanca y grasienta.

Presentó enseguida su brazo al *leffa*, que hundió en sus dientes, mientras que el encantador se abandonaba á terribles contorsiones, sin cesar de dar vueltas invocando á su santo patrono. Cuando retiró el reptil nos enseñó la sangre que corría de su brazo; llevó enseguida la herida á la boca, estrujándola con sus dientes, y continuó la danza por algun tiempo hasta que se detuvo rendido por la fatiga.

Persuadido de que todo esto no era más que una farsa y de que se habia previamente quitado el veneno al *leffa*, pedí permiso para tocar la serpiente.

—¿Sois un *isaau*, me preguntó el hombre de Sus, ó acaso teneis una fé inquebrantable en el poder de nuestro santo?

Respondí negativamente.

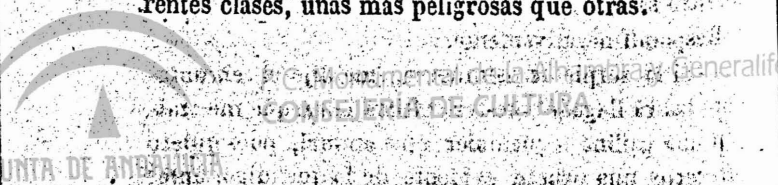
—Si la serpiente os muerde, me dijo el encantador, habrá llegado vuestras última hora: que me traigan una gallina ó cualquier otro animal, pues quiero ofrecer una prueba evidente de lo que digo, antes que os decidais á tocar un *leffa*.»

Trajéronle una gallina; el *isaau* tomó uno de sus reptiles y le hizo morder el ave que, puesta en tierra, despues de unas cuantas convulsiones que duraron próximamente un minuto, cayó muerta.

Poco despues la carne del ave habia tomado un matiz blanquecino. Excuso decir que no insistí en la idea de tocar al *leffa*.»

Por esta descripcion se concibe perfectamente cómo se verifican sin peligro estos juegos, por más que tienen cierto carácter que sorprende á los que no están

á ellos acostumbrados. A las serpientes de veneno más activo, se les extirpa las glándulas que segregan el líquido mortífero; y despues, sin perder en la apariencia nada de su terrible aspecto, son del todo inofensivas. Las leffas, cuyo veneno es suficiente para matar una ave, no producen efecto en el hombre, acudiendo en tiempo á chupar la herida para impedir que el líquido que destilan entre en la circulación de la sangre; pero es natural que la multitud considere todo aquello como extraordinario, y que los simples curiosos no quieran exponerse á una prueba que puede envolver algun riesgo, mucho más si se tiene en cuenta que entre las serpientes las habrá de diferentes clases, unas más peligrosas que otras.



## CAPÍTULO VIII.

Ejército marroquí.—Diversas tentativas de organizacion.—Estado mayor general.—Elementos que lo constituyen.—Los bu-karis.—El nischan.—El mjazen.—El lascar.—Levas.—Resto de la marina de guerra.

Muchas tentativas vienen poniendo en práctica los sultanes de Marruecos para combatir con las armas las insurrecciones que frecuentemente se suceden en el imperio y para defenderse si llegase el caso contra los ataques de los enemigos extranjeros; pero siempre tropiezan con la falta de recursos y con la insubordinacion de sus súbditos nada aficionados á la sujecion exigida por la disciplina militar. Así es que si un fanatismo religioso, más que nacional, no inflamase los corazones guerreros por naturaleza de los marroquíes, el solo intento de una conquista de aquel territorio equivaldria á su realizacion. Sin embargo; en medio de las deplorables condiciones que acompañan á todos los pueblos como este, envilecido por una tiranía sin límites, una concupiscencia sin ejemplo y una venalidad apenas creible; conservan los marroquíes un sentimiento profundo, inextinguible que tiene menos de amor pátrio que de ódio reconcentrado á los extranjeros; pero que en sus resultados se traduce en la defensa nacional.

Al través de las tentativas de organizacion de un ejército, algo ha quedado que ocupará nuestra atencion en este capítulo.

En primer lugar, el mando superior de todas las fuerzas reside en el Emperador que suele designar como los primeros jefes en las expediciones de importancia á individuos de su familia cuando no le inspiran recelo alguno de que puedan usurparle el poder. Siguen á estos formando con ellos lo que pudiéramos llamar el Estado mayor marroquí, los *dchuhad* y los *konaisch*, descendientes estos de la tribu del mismo nombre, á la cual perteneció Mahoma, y aquellos de los guerreros ilustres que siguieron á los compañeros del Profeta. Esta especie de nobleza militar ha venido siempre reclamando el mando de los ejércitos á que por la organizacion social del imperio tienen derecho.

El ejército se halla formado por estos elementos: los *bu-karis*, guardia negra; los *nischán*, especie de milicias disciplinadas existentes en algunas ciudades; los *mjazen*, contingente que prestan las tribus de todos los hombres útiles en caso de guerra, y la institucion del *lascar* reciente y para la cual se ha tomado por base la organizacion europea. Si bien se nota en Marruecos desde el reinado de Muley Abd-Rhamán, muerto en 1859, la misma tendencia que han seguido los Sultanes de Turquía y Kedives de Egipto de organizar sus fuerzas al uso europeo, son todavia mayores las dificultades con que tropiezan los Emperadores que nos ocupan por la escasez de recur-

sos y el hacer los marroquíes una vida inquieta y móvil. En el *lascar* marroquí, sin embargo, no hay apenas excepciones físicas que eximan del servicio de las armas, lo cual no produce los deplorables resultados que en aquellos países de mutilarse los llamados al servicio; pero en cambio se ven formando un extraño contraste en un mismo peloton hombres de todas las estaturas, cojos, tuertos, tullidos, etc., etc.

No esperamos que el *lascar* llegue á producir los resultados apetecidos, pero mientras la descomposición del imperio nos dá la razón, nuestro deber es reseñar ligeramente la historia de cada uno de los cuatro elementos de la fuerza armada.

Los genizaros de Turquía, los mamelucos del Egipto y los bu-karis de Marruecos, son tres instituciones idénticas y significan lo mismo; las precauciones adoptadas por los tiranos contra sus mismos súbditos de quienes desconfían, porque no hay ningún tirano por grande que sea la idea de su poder y pequeña la que tenga de la virilidad de sus súbditos, que en el fondo de la conciencia no se levante una voz que le anuncie que ni la fuerza ni el sufrimiento de los hombres son infinitos.

Así vemos que á uno de los príncipes marroquíes más sanguinarios se debe la célebre institución de los bu-karis.

Mula Ismail ó Muley Ismael fué el creador de este ejército de negros. No hay conformidad entre los historiadores si concibió tal idea en una expedición guerrera que se vió precisado á realizar al Sudán,



ó si por el contrario envió comisionados á este país para que con promesas y dádivas reclutasen hasta 10.000 (y no 100.000 como se ha supuesto) jóvenes negros de buena constitucion, y vigorosos en los combates. Lo cierto es que dicho príncipe formó un ejército con estos jóvenes, los casó con esclavas de su mismo color, les dió tierras, buenas armas y los distribuyó por las poblaciones más importantes del imperio, y sin olvidar que el fanatismo seria el mejor medio para conseguir su objeto, los convirtió al islamismo, valiéndose para ello de Sidi Bu-Kari, conocido por su profundo saber y sus ardientes creencias, jurando cada negro sobre el Koran fidelidad y obediencia ciega á los mandatos del Emperador.

De este sábio tomó el nombre tal instituto, y el libro que sirvió para el juramento es guardado con gran religiosidad en la célebre mezquita de Fez.

Fuertes los bu-karis por sus cimitarras, union y riquezas; feroces y soberbios por naturaleza y enemigos constantes de los marroquíes por tradicion y el servicio que les estaba encomendado, bien pronto hicieron ver al mismo Mula Ismael el error que habia cometido dividiendo su poder con su ejército, cuando lo que queria era aumentarlo y evitarse toda clase de competidores; pero pudo conllevar tal situacion colmándoles nuevamente de riquezas, por cuyos medios los sostuvo sumisos á su autoridad hasta su muerte en que se insurreccionaron proclamando Emperador al más jóven de los príncipes en perjuicio del legíti-

mo heredero á quien maltrataron mutilándole bárbaramente.

Los pueblos se sublevaron al ver que una gente extraña quería imponerles su arbitraria voluntad; pero la organizacion y las armas de los bu-karis les dieron continuadas victorias que ellos acompañaron sembrando el horror en todas partes por medio de sus crueldades. Ciudad hubo en que sus cuatro mil pobladores de ambos sexos y todas edades fueron empalados sin excepcion alguna. A pesar de todo no sostuvieron al primer proclamado, y en su lugar colocaron á un tio de este que, por la mitad del Tesoro imperial, compró el poderio de los bu-karis, con los cuales dilapidó durante su pasajero y triste reinado la fortuna del país. Más tarde los mismos que lo habian elevado al sólio, lo entregaron á las tribus berberiscas que lo quemaron vivo.

Facilmente se comprende con estas indicaciones que la fuerza de los bu-karis llegó hasta un límite apenas conocido: proclamaban y destituian emperadores; aumentaban en estas revueltas sus riquezas exigiéndolas ó tomándolas; de suerte que todo era pequeño ante la autoridad de estos bárbaros. Su cifra aumentó considerablemente, llegando á los pocos años de haberse establecido en Marruecos á 75:000.

Han sufrido alzas y bajas en su número y poder segun el tacto de los emperadores, distinguiéndose entre estos Side Mohammed, el cual los mantuvo á raya negándoles más privilegios que le exigieron. Es cierto que para ello tuvo que sitiarlos en Fez y redu-